

Absolutamente contrarias á estas ideas eran las de Lucila. Le gustaba el campo, y en su soledad y augusto sosiego, esclavizando la atención con amenos quehaceres, pensaba llevar su alma mansamente á un bienestar tranquilo. Pero como Rosenda no quería satisfacer su curiosidad, si antes no prometía someterse y adaptarse á las sabias reglas de la filosofía del vivir, la guapa moza, como el sediento que entrega toda su voluntad por un vaso de agua, le dijo: "Haré todo lo que me aconsejas, Rosenda... Y ahora, sepa yo pronto: ¿Han vuelto á verle? ¿Dónde le han visto?... ¿Qué ha pasado, qué más pasará?"

XXVIII

—Pues empiezo—dijo Rosenda poniéndose todo lo grave que podía,—por darte una noticia que no sé si será buena ó mala para tí... El amigo Bartolomé está en poder de la Socobio. Domiciana, que ha sufrido varias derrotas, saliendo como Doña Victorina con las manos en la cabeza, se ha quedado compuesta y sin novio... No pudo dar al galán lo prometido, que era el indulto, la rehabilitación y un ascenso, dos con pase á Cuba...

—¿Pero dónde está... dónde? Quiero verle y que me vea.

—No pienses en eso... Yo miro por tí más de lo que tú crees. Te contaré una escena, mejor dicho una conversación que ayer hubo

en Palacio. La sé como si la hubiera oído yo misma. Eufrasia, que ahora no se separa de la Reina... ya sabes que Su Majestad ha entrado en meses mayores: se espera su alumbramiento para Navidad... Eufrasia, digo, en una sala que está junto á la galería, entre el despacho de Su Majestad y la oficina donde trabajan los de Secretaria particular, se enchiqueró con un General joven, muy nombrado, D. Juan Prim. ¿Le conoces? Da que hablar porque es de mucho sentido, y marrajo, de los que dejan el trapo y van al bulto... Hace días echó en las Cortes un discurso tan fuerte que tembló todo el Ministerio, y á D. Juan Bravo se le indigestaron los chorizos. Pues entre otras cosas, dijo el hombre que hemos vuelto á los tiempos de *Carlos II el embrujado*, que nos están llenando la nación de frailes y monjas, que no hay libertad, y que este moderantismo es una farsa para que se redondeen cuatro mamilones... No lo dijo así... En fin... pidió mil gollerías, y declaró que él es partidario del *naufragio universal*, de la libertad *disoluta* de la imprenta, del *ateísmo libre*, y del ciudadano libre, ó del respeto al individuo *suelto del derecho particular*... vamos, que no sé decirlo... Pues por este discurso y por lo mucho que se merece el señor de Prim, Conde de Reus, se le tiene miedo, y se determinó mandarle á Puerto Rico... Como te digo, trató de ver á la Reina; no pudo ser, por causa del estado... Hizo por Eufrasia, que le recibió en aquella salita, y allí le estuvo ponien-

do varas, y él tomándolas... que si ella es lista, él se hace el blando para pegar más fuerte. Estas varas de que te hablo no son cosa de amores, no vayas á creer, sino de política. Prim, asegurando que dará la vida por la Reina, amenazaba con tramar una revolución, si no se entra por el camino libre, y no se da carpetazo á ese proyecto... tú lo sabrás, eso que llaman golpe de Estado... que es dar un bajonazo á la Constitución, y arrastrarla con las mulillas... Eufrasia, diciéndole que eso del golpe de Estado no es más que conversación de Puerta de Tierra, trató de traerle al bando Narvaísta... Prim hacía *fu*... decía que esto de mandarle segunda vez á Puerto Rico es una partida serrana; pero que irá para que no se diga. Entonces la Socobio le echó mucho incienso al Conde: le dijo que la Reina estima su valor y su lealtad, y que cuenta con él para una combinación progresista en cuanto tenga tiempo y ocasión de desentenderse del moderantismo, polaquería, ó como se llame. Y luego de pasarle todas estas lindezas por los morros, le pidió al General un favor... y aquí entra lo que á tí te interesa... el favor consistió en que pidiese al Ministro de la Guerra el pase á Puerto Rico del Capitán Gracián, no sé si como ayudante ó como agregado al Cuartel General. Prim dijo que con mil amores lo haría, y despidiéndose, tomó soleta.

—¡A Puerto Rico!—exclamó Lucila levantándose de un brinco, y despidiendo lum-

bre de sus lindos ojos.—Yo con él... Me llevaré... Quiero verle, Rosenda, quiero verle... Haremos las paces... se olvidará todo; le perdonaré...

—Eh... ¿qué es eso? Yo no he de permitir que hagas ningún disparate, ni que se te malogre el matrimonio, que ha de hacerte feliz, libre. ¡Cigüela, chiquilla mal criada y sin juicio!, si una amiga pérfida te metió en tantas amarguras, de ellas te sacaré otra amiga que no es pérfida, sino leal, y sabe mucho... Siéntate, y no hables de irte á Puerto Rico, pues para tí no hay más Puerto Rico que la Villa del Prado...

—Déjame que disparate, y que me ciegue y me trastorne. ¿Quién te asegura que la vida feliz viene por el lado juicioso?—dijo Lucila, en pie, desconcertada.—Debemos obedecer al corazón... que nunca nos engaña.

—¿Y si te dijera yo que nos engaña casi siempre? Toma ejemplo de mí, que he sabido dar de lado á los loquinos y cabezas de motín, haciendo por los hombres de peso... ¡Y tú que vas á casarte con un viejo rico, tú que te has sacado el premio gordo de la Lotería, hablas ahora de tirarlo por la ventana, porque te lo manda el corazoncito!

—Pues si no me dejas hacer el disparate gordo, déjame que hable con esa señora de Socobio, y le diga...

—¿Qué has de decirle tú, bobalicona?... No te haría maldito caso... Para hablar con ella tendrías que ir á Palacio, donde está casi siempre.

—A su casa iría yo... A Palacio no voy por nada de este mundo.

—¿Ni por Tomín?

—Por Tomín quizás...

—¿Y por qué tienes ese horror á Palacio si no lo conoces?

—¿Que no lo conozco?—dijo Lucila sentándose de nuevo junto á la copa.—Como tú tu propia casa... ¡Ay, Rosenda! tú no has vivido en la *Casa Grande*, yo sí. Con los ojos cerrados subo y bajo yo por todas sus escaleras, y me meto por todos sus pasillos, y voy de sala en sala, como no sean las que habitan los Reyes. Conversaciones como esas que me has contado entre la Eufrosia y el General Prim, he oído yo muchas, porque también yo, aquí donde me ves, he sido un poco duende... á mí me han puesto escondidita entre cortinas para que oiga las conversaciones, y he llevado y traído recados con cifra... Y para que acabes de convencerte de que he sido algo duende, y de que lo soy todavía... ¿quieres que te adivine una cosa?

—¿Qué...?—murmuró Rosenda entre risueña y asustada.—Adivina lo que quieras.

—Pues te digo que hoy, aquí, hablando contigo he descubierto quién es la persona que te favorece... Tú me has dicho que el nombre de esa persona es un secreto... Yo me lo guardaré; yo te aseguro que por mí no se sabrá. Te diré tan sólo cómo lo he adivinado. He visto aquí una sombra de ese sujeto, una sombra no más.

—¿Qué dices, mujer!—exclamó asustada

la Capitana, mirando á las paredes, creyendo que había, por descuido, algún indicio personal, retrato tal vez.

—No te asustes, Rosenda—dijo Lucila risueña:—la sombra la he visto en tí, en tu voz... ¿Por qué empleas ahora una porción de términos de toros, que antes no te oí nunca?... Es que ahora tienes cerca de tí, oyéndola sin cesar, á persona que habla con esos terminachos, y á esa persona la conozco yo. Pero mi adivinanza no es completa... Son dos hermanos que se parecen en la figura, y más en el modo de hablar. Uno de los dos tiene que ser. Con que... ¿he acertado?

—Acabaras—dijo la Capitana soltando también la risa...—Tienes razón... se me ha pegado... Vaya, pues sí... es uno de los dos hermanos. Aciértame ahora cuál.

—Ayúdame tú un poquito. Los dos son cazurros, beatos, rezadores, esquinados, y muy amigos de meterse en lo que no les importa. De cara ninguno de los dos es bonito; de cuerpo allá se van. Sólo se diferencian en que el uno bizca un poco de los ojos y el otro un mucho de los pies... quiero decir, que anda como los loros...

Rompió á reír la maliciosa Rosenda con toda su alma, y entre las risas pudo decir á borbotones: "Ese... ese... el que pisa como las cotorras... con los pies así... para dentro... ¡Ay qué gracia me ha hecho!

—Acerté: D. Francisco Tajón. Luego te daré señas que... no son mortales, pero pudieron serlo.

—Cuidado, chica, que no quiere que se sepa...

—Descuida. Pues ese señor me conoce, lo mismo que su hermano. Háblale de mí, y te dirá si sé yo andar por Palacio... si conozco los enredos y el laberinto de aquella casa. Déjame que te cuente: de esto hace tres años, y fué en una de las épocas de mi vida que recuerdo con más disgusto. Llegué á Madrid con mi padre y mis hermanos pequeños, muertos todos de miseria y en el mayor desamparo, sin más esperanza que una carta de recomendación para la monja Sor Catalina de los Desposorios. La carta era de un caballero muy cumplido á quien conocimos en Atienza. Pues la monjita fué nuestra salvación: por ella colocaron á mi padre en la mayordomía de los Lavaderos del Príncipe Pío.

—Sí, sí, que eran del Sr. Infante D. Francisco... Administrador, D. Enrique Tajón, el hermano mayor: son tres hermanos.

—Tres. El D. Enrique se parece poco á los otros dos... Pues sigo: mes y medio estuvimos allí. Luego llevaron á mi padre al servicio de los Escolapios de Jetafe, y á mí á Palacio, al servicio del Sr. D. José Tajón.

—El que bizca de los ojos.

—Casado él, empleado en la *Etiqueta*. Con su esposa y dos hijos, de los que yo era niñera, vivía en el piso segundo, subiendo por la escalera de Cáceres, primer cuarto á mano derecha. Todo lo que diga de lo buena que era la señora, es poco; todo lo que diga de lo

falso, enredador y embustero que era él, sería no decir nada. ¿Te incomoda que hable de estos señores con tanta libertad?

—A mí no. Despáchate á tu gusto.

—Respetaré á tu D. Francisco, que también es de encargo, loco por los toros, loquito por las hembras, en privado, que en público no hay mojigato que le gane en hacer zalemas delante de un altar...

—No me hagas reir, mujer—dijo Rosenda, más movida á regocijarse que á incomodarse.—Estoy en que exageras un poquito. Tu tirria contra los Tajones es señal de que te hicieron algún daño.

—Quisieron hacérmelo, sí... Les aborrezco porque no tenían miramiento para una muchacha sola y sin defensa de padre ni hermanos. Los dos quisieron abusar de mí: fácilmente podía yo defenderme de D. José, amparándome de la señora y de los niños; pero el D. Francisco, que, como sabes, está separado de su mujer, me dió más guerra y cuidado mayor, porque me llevaba con engaños á éste ó el otro lugar apartado, de los muchos que hay en aquella casona. Una tarde me ví tan á punto de perdición, que para salvarme no tuve más remedio que agarrar un candelero de bronce que á la mano encontré, y darle con él en semejante parte de la frente. Le pegué con tanta gana, que el hombre perdió el conocimiento, y marcado quedó para toda su vida...

—¡Ay! no me hagas reir... Sí, sí: la señal del candelero tiene en la frente, aquí... en el

sitio del asta derecha... ¡Qué risa! Me dijo que aquel golpe fué de una caída que dió en la sacristía de la Encarnación, estando subido á una escalera para ponerle á San José vara con azucenas naturales... No es mala puya la que tú le pusiste...

—Yo también me río... Bueno es que una se divierta un poco después de tantas pesadumbres... El pobre señor quedó escarmentado, y luego decía: “¡Vaya unos derrotes que me gasta esta novilla!.”

—Saladísimo... Adelante.

—Por haberme hecho Dios bien parecida, cuantos hombres había en Palacio se propasaban, créelo. Todos me adoraban, todos me hacían mil embelecós, todos me largaban declaraciones, todos por de pronto querían fiesta... En fin, que yo era buena, y muchos me tenían por mala... Si supiera yo distinguir bien los uniformes, te diría todas las clases de hombres, desde señores á criados, que se emperraban en hablar conmigo. Pero nunca llegué á conocer por los cintajos y colorines los cargos de tanto farfantón. *Jefes de oficio* me escribieron cartitas, y también *Ugieres de Cámara* y de *Saleta*; *Llaveros* y *Porteros de banda* me tiraban besos al aire; un *Tronquista* me aseguró que se mataba si no le daba el *Sí*; un *Portero de vidrieras* y un *Delantero de Persona* hicieron lo mismo, y de rodillas se me puso delante un día uno á quien yo creí *Carrerista* vestido de paisano, y luego resultó que era *Sangrador de Cámara*.

—Pues, hija, no estarías poco orgullosa.

—Dí que me tenían mareada y aburrída. Sigo mi cuento. Pues verás: mi amo el señor Tajón, D. José, andaba en aquel estúpido enredo, que luego se llamó del *Relámpago*, y á mi padre y á mí nos traía de correveidiles, cursando las órdenes. Dentro de Palacio fui yo cartero, espía, soplona; me mandaban á charlar con las azafatas, en sus ratos de descanso, para saber quién entraba en las habitaciones Reales á las horas que no son de entrada, y quién salía cuando no se debe salir; me obligaban á esconderme detrás de un tapiz ó entre roperos para escuchar conversaciones... Y luego encomiendas y recados en la calle, por ser yo quien con mayor disimulo podía llevarlos. ¡Hala! á la Escuela Pía de San Antón, á San Ginés, con cartas para el coadjutor, á una casona de la calle de Fuen carral, á la zeca y á la meca, vestidita de moza de rumbo, y con dinero para alquilar una calesa si me cansaba... También iba al Convento de Jesús, y de allí traía entre dulces alguna carta bien disimulada... Un día, fíjate en esto, que es lo más gordo, y la más fea acción que por mandato de aquella gente tengo sobre mi conciencia... habían enviado las monjas carne de membrillo dentro de una tarterita de plata. Al disponer la tartera para devolverla, me llamaron los hermanos Tajón y una camarista, nombrada, si no recuerdo mal, Doña Candelaria, y llevándome á un cuarto que está en la galería principal, como se entra al comedor de ordina-

rio, me dijeron que llevase al Convento la tartera... Envuelta la ví en un paño de damasco, como solía venir. La descubrieron y destaparon para que yo viese que estaba vacía... Luego, el Sr. Tajón, D. José, sacó del bolsillo un paquetito forrado en papel y cruzado con cintas verdes. Abultaba como un libro pequeño. Díjome que me guardara en el seno el paquetito. La camarista, que como mujer podía meter la mano donde meterla no pueden los hombres, me desabrochó y colocó el paquetito muy bien acomodado entre mis pechos, de tal modo, que luego de abrochada no se me conocía el contrabando. Hecho esto me leyeron bien la cartilla. Yo tenía que ir al Convento á llevar la tartera, y al entregarla en el torno pediría ver á Sor Catalina de los Desposorios. Se me abriría la puerta, y una vez en presencia de la *Madre*, en manos de ésta pondría lo que yo en mi sagrario llevaba. La *Madre* me daría otra vez la tartera con algo dentro, que era como señal ó recibo de la llegada feliz del embuchado. Volví á Palacio con la tartera llena de tocino del cielo, y los Tajones, que me aguardaban con el alma en un hilo, me felicitaron y diéronme cinco duros.

XXIX

—Duendecillo, ¿querrás hacerme creer que no supiste lo que llevabas?

—No lo supe. Verás: al caer de aquella tarde, cuando no hacía una hora que yo había vuelto con la tartera llena de tocino del cielo, el Sr. Tajón me mandó á Jetafe para que allí estuviese con mi padre hasta que se me ordenara venir. Mucho me dió que cavilar tal determinación. ¿Será por esto? ¿será por lo otro? Yo sospechaba... algo veía yo; pero nada con claridad. Pues señor: viene de repente el gran troncio de aquella mojiganga que llamaron del *Relámpago*... Empezan á prender gente, y los primeritos que caen son mis señores y el tuyo, y me los mandan desterrados qué sé yo dónde. Mi padre y yo nos vimos perdidos, porque á los Escolapios de Jetafe no les llegaba la camisa al cuerpo, temiendo que allá podría llegar la quema... A Madrid nos venimos. Mi padre se escondió en casa de unos boteros amigos suyos de la calle de Segovia; yo, no sabiendo qué hacerme, pues á Palacio no había de volver ni atada, pensé que no hallaría refugio mejor que el Convento, y allí me metí... Ya te contaré otro día mi vida en *Jesús*, donde la mayor desdicha fué hacer mi primer conocimiento con esa perra *boticaria*... Hoy, por completar esta historia

mía palaciega, bien triste, te diré que en el Convento, andando días, supe que la noche del *tocino del cielo*... así marco yo aquella fecha condenada... hubo en Palacio rebullicio y mucho miedo, del cual nada me tocó, gracias á Dios, por estar yo en Jetafe... Por orden del señor Mayordomo Mayor se registraron muchas viviendas del piso segundo... Portereros y azafatas, y hasta damas fueron registradas, obligándolas á enseñar el pecho y á levantarse las enaguas, mismamente como registran á las cigarreras al salir de la fábrica, por si se llevan tabaco escondido...

—Ya era tarde para esos registros... ¡ay qué risa! Hija, para contrabandista no tienes precio.

—Te lo aseguro, Rosenda: no supe lo que llevaba... pienso que no sería cosa buena. Déjame que suspire un poco. El recordar mi vida de Palacio me pone aquí un peso, una opresión...! Nunca he sido más inútil que en aquel tiempo; nunca me he sentido más sola; nunca me han aburrido tanto las máscaras, pues máscaras me parecían cuantas personas traté en aquella casa... Tanto me amarga este recuerdo, que no he contado los lances de aquella mi vida boba más que á dos personas: á Tomín, á poco de conocerle, y hoy á tí. A la *boticaria*, nada ó muy poco de esto le conté, porque con esa maldita nunca tuve yo verdadera confianza... siempre la temía, siempre de ella desconfiaba... No sirvo yo para esa vida de los palacios grandes, grandes... Las personas me parecen figu-

ras que han salido de los tapices, y que hablando y moviéndose siguen siendo de trapo... En todo no ves más que vanidad, mentira, y todo se te confunde y se te vuelve del revés; llegas á no saber si los criados parecen señorones ó los señorones parecen criados.

—¡Quita allá, tonta...!—dijo la Capitana con franco regocijo.—Cada una debe mirar por su adelanto... Pues á mí me gustaría meterme en esa vida. Para eso he nacido yo, para vivir con suposición entre personas encumbradas, para pasar el rato curioseando, viendo lo que se traen éstos y los otros, y poniendo mis manos en cualquier enredillo.... Verían en mí un capeo superior... Pronto me buscarían para las suertes de más cuidado.

—No te compongas, Rosenda. Tu Don Paco no te llevará á la *Casa Grande*, si antes no enviuda y se casa contigo.

—Es de la Cofradía del *Qué Dirán* y de la santísima Opinión.

—¡Quién les había de decir á los Tajones, cuando los desterraron, que pronto habían de volver á sus puestos y á sus intrigas!—dijo Cigüela cavilosa.—Esto prueba que en esa casa no hay idea de justicia, ni formalidad para nada. Sólo una persona sería justa si la dejaran, y es la Reina; pero no la dejan: la tienen metida en un fanal pintado de mentiras para que no vea la justicia ni la verdad. Así anda todo....”

Cayó en tristes meditaciones, de las que con trabajo la sacó su amiga. “Ya ves tú si

soy desgraciada—dijo la pobre mujer suspirando.—Ni en Palacio hay justicia, ni yo me veo con fuerza para entrar en busca de ella. ¡Valiente caso me harían!... No hay salvación para mí.

—Todo es posible, querida mía—le dijo Rosenda,—si sigues por el caminito que yo te señalo. Lo primero, casarte, antes hoy que mañana... después estableceros en Madrid; después libertad...

—¡No, Rosenda, no hay libertad que valga, ni casorio, ni nada de eso!—exclamó Lucila en una erupción repentina de su pena latente.—Yo no me caso... No puedo, no quiero engañar á ese buen hombre... Prefiero la miseria, y todos los males que pudieran venir sobre mí... Se levantó, y con las manos en la cabeza recorrió la estancia con incierto paso, diciendo: "Que no me caso, que no, que no... Pues Tomín está vivo, tengo que consagrarme á buscarle... Has de decirme pronto si es D. Francisco Tajón quien le ha visto, y dónde, y has de decirme cuándo saldrá Tomín para Puerto Rico... Tú sabes más, más de lo que me has dicho, Rosenda; te lo conozco en la cara, te lo leo en los ojos..."

—Si quieres que yo sea tu amiga—dijo la otra, que para sosegarla fué tras ella, y la enlazó del brazo,—no me pidas cosa ninguna contraria á lo que creo tu bien. Y no vuelvas á decir disparate como ese de "no me caso", porque... Ya sabes que gracias á Dios soy de caballería; y que las gas-

to pesadas... Con que... ándate con tiento.

—Dime dónde está Tomín; dímelo pronto—exclamó Lucila, con todo el brío de voluntad que su renovada pena le daba.—Mira, Rosenda, que yo, gracias á Dios, soy de artillería; mira que no veo, que no puedo ver nada por encima de lo que es mi pasión, mi sér, mi vida... Dímelo pronto.

—No quiero; no sé nada... A ver quién puede más.

—Rosenda, no eres amiga—gritó Lucila alzando la voz con tonos iracundos,—ó lo eres también falsa y traidora, como la *boticaria*... Si no me contestas á lo que te pregunto, hablaré con el Sr. Tajón.

—¿Sí...? Me parece bien—replicó Rosenda, que ideó desarmarla con un chiste.—Pero ven prevenida: tráete un candelero de bronce... para igualarle el testuz, marcándole el sitio del pitorro izquierdo..."

No producía Rosenda con su humorismo todo el efecto que buscaba; pero algo se amansó Lucila oyendo aquellos disparates. "No bromees—le dijo,—que esto es muy serio." Insistió la moza, con la terquedad de los enamorados, tan parecida á la de los locos. No pudiendo la otra calmar su ansiedad con negativas, se formó rápidamente un plan de respuesta que al propio tiempo satisficiera los anhelos de su amiga, y la desviara de la torcida senda. Mujer de cabeza ligera, ó si se quiere ligerísima, desmoralizada y sin otra mira ya que ir derivando su frivolidad hacia el positivismo y el vivir rega-

lado, no era mala persona en el fondo, y su viciada naturaleza ocultaba un corazón bueno. Viendo cuán fácilmente se levantaban en el alma de su amiga las llamas del mal extinguido incendio, sintió pesar de haber atizado el fuego con la noticia referente á Tomín. La mejor enmienda de su error no era desmentir ó retirar lo dicho, sino agregarle alguna caritativa falsedad que á la buena moza le quitara el gusto y la intención de arriesgadas aventuras. Como Domiciana, levantó un artificio lógico, pero con idea benévola y mirando al bien de la infortunada mujer. "Pues te empeñas en saberlo,—dijo—en Palacio está el hombre, con destino, que ahora no recuerdo; pero me informaré... Ya ves que allí es mayor locura que en parte alguna pretender cogerle, como se coge un perrito extraviado, y llevártele contigo. Piensa en los estorbos que allí te saldrán, en el sin fin de personas odiosas y antipáticas que encontrarías.."

Calló Cigüela, vencida de estas razones, y su dolor, imposibilitado de manifestarse en actos, se condensó en lo íntimo... A los sollozos, siguió un llorar ardiente, sin tregua. Rosenda la consolaba, ya con nuevas razones, ya con cuchufletas... "Si quieres, cambiamos: dame á D. Vicente con Tomín detrás de la cortina, y yo te doy á mi D. Paco con su pisar de loro..."

—¿Ves, ves lo desgraciada que soy?—decía Lucila cuando el llanto le permitió el uso de la palabra.—A donde quiera que voy,

Dios me dice: "alto; de aquí no se pasa,... Dos caminos tengo: ó matarme ó casarme... No sé cuál es peor.

—Yo no vacilaría... Me casaría primero... y después á pensar en matarme... pero sin prisa, que estas cosas deben hacerse después de bien maduras...

—Pero antes de casarme ¿no te parece que debo dar algunos pasos, á la calladita, por ver de ponerme al habla con Tomín?... ¡Le escribiré una carta!

—¡Escribirle! —contestóle Rosenda con buena sombra.—No es mala idea; pero debes aguardar á que tu maestro te enseñe la letra bien clara y la perfecta ortografía...

—No te burles... ¿Y no será fácil cogerle cuando salga para Puerto Rico?... Todo está en averiguar la hora de salida, y... Pero nada de esto puedo hacer sin que me ayude alguien..."

Interrumpidas por Ansúrez, que bruscamente llegó, las dos mujeres callaron. Lucila limpió sus lágrimas, mientras Rosenda se enteraba de los recados que traía el buen *celtibero*.

Despachó éste en cuatro palabras, ávido de desembuchar las graves noticias que de la calle traía. "Prepárense—les dijo en el tono solemne que usaba,—para saber del grande suceso que á estas horas va retumbando por todo el mundo, de pueblo en pueblo. ¿Están preparadas? Pues oigan: El Sr. D. Luis Napoleón, que era, como se dice, Presidente de la República de los franceses, ha dado un

puntapié á la Constitución de allá, y se quiere nombrar á sí mismo... acierténlo... pues Emperador de la Francia... que es como ser sucesor del otro Napoleón, que fué *Primero*... y lo que yo no entiendo es que no habiendo tenido *Segundo*, tengan ahora *Tercero*...

Oyó Lucila con desprecio la noticia, pues maldito lo que le importaba que cayesen Repúblicas y se levantaran Imperios; pero Rosenda, á quien algo se le alcanzaba de tales cosas, dijo que si el Sr. Ansúrez no venía bebido, y era verdad la especie, ello era muy grave, y traería cola...

“¡Cola!—exclamó Ansúrez.—Tan grande será, que por mucho que arrastre, no le veremos el fin. En la Puerta del Sol, junto al Principal había tanta gente que aquello parecía el pregón de la Bula, y en los corrillos leían un parte escrito que ha venido de París por los signos de las torres, el cual dice que Emperador es ya el caballero, ó lo será pronto, porque falta todavía el requisito de ser votado por toda la plebe de Francia... Según lo que por ahí corre, es ahora seguro que vuelve á mandarnos el de Loja, quiéranlo ó no Palacio y las monjitas, porque el Napoleón, D. Luis, es gran amigote de Narváez... como que á comer y cenar le convidaba todos los días, y andaban siempre de bracete por los paseos y *bolivares*... Esto se dice, y si es verdad, yo me alegro, porque ya se va poniendo esto muy al son de la clerecía. Bueno es que se muden las tornas, y cambien

las aguas, para que lo seco se moje y lo mojado se seque; bueno será que se limpien muchos comederos, y se llenen otros que há tiempo están vacíos...

—¡Ay! no, amigo Ansúrez—dijo Rosenda con cierta inquietud:—deje usted los comederos como están... ¿Pero se dice por ahí que tendremos trastornos?

—Y tales serán que lo alto se suba más, y lo bajo se precipite hasta los profundos abismos; pues sabido es que cuando Francia estornuda, España dice *Jesús*, como que las dos naciones están tan unidas por fuera y por de dentro como la nariz y la boca... En fin, señora, ya sabe lo que ocurre, y mi hija y yo nos vamos, que es hora ya de tocar á retirada...

Despidióse Lucila de su amiga y partió con su padre, abatida, silenciosa, llevando en sí algo para ella de más peso y magnitud que el nuevo Imperio que á punto estaba de levantarse. Recorrido habían ya largo trecho, cuando Lucila, parándose, dijo al *celtibero*: “Padre, cuando yo estaba en el Convento, siempre que venían noticias de alguna trifulca en Francia, decían las *Madres*: esos demonios de franceses nos van á traer acá un cataclismo... Usted, que con su talento natural ve tan claras todas las cosas, dígame: ¿cree que habrá en España cataclismo?”

—Hijita, deja que pueda hacerme cargo de lo que resulte en la Francia de ese voto que ha de dar la plebe. El echar á rodar Na-

poleón el Trono de la República, para poner las gradas del Imperio, quiere decir que no se quieren las pasteleras libertades... ¿Pues qué hará en vista de esto el Progreso...? Sacará clavos con los dientes antes que humillarse... Veremos, y vengan días, de donde podamos sacar el juicio de las cosas.

—Porque yo quiero que haya cataclismo, padre, mucho cataclismo; que los injustos caigan y sean pisoteados por los sedientos de justicia; que los que cometieron tropelías sean hechos polvo, y que los buenos se alegren. Justicia quiero, y habiendo justicia habrá paz. ¿Esto cómo se llama? ¿Se llama *República*; se llama *Imperio*?,

XXX

El efecto que causó en el alma de Lucila la noticia, dada por Antolín de Pablo, de que Halconero llegaba, lo más tarde, al cabo de dos días, fué de verdadera consternación. ¿Por qué volvía? ¿No era mejor que se quedase por allá?... La prometida esposa se con turbaba con la idea de verle, y metiendo su exploradora mano en el corazón, tocaba frialdad, aborrecimiento. Del anunciado regreso de D. Vicente la consolaba la idea y presunción de que á su llegada hubiese un poco de cataclismo.

A su padre, que á verla iba diariamente, le dió un interesantísimo encargo: “¿No tie-

ne usted conocimientos en el Ministerio de la Guerra? ¿No conoce á un cabo que está en las oficinas?... ¿Sí? Pues averigüeme... ello es muy fácil, padre, y hasta los gatos del Ministerio deben saberlo... averigüeme cuándo sale el General Prim para Puerto Rico.

—Va de Capitán General; le embarcan porque se pasa de valiente... Es, según se dice, hombre de mucha idea...

—Y eso es lo que estorba.

—No sé por qué. Yo tengo mucha idea, y no me mandan á ninguna parte.

—Porque no temen á los humildes. El reino de los humildes está muy lejos.

—¡Y tan lejos...! Ni aunque uno se suba encima de los encumbrados puede alcanzar á ver dónde está ese reino..”

Llegó Halconero: viéndole y tratándole, se calmó la fiebre de Lucila, y las aberraciones disparatadas de sus sentimientos. No le aborrecía, ¡pobre señor! ¿Cómo aborrecer á quien le había hecho tantos beneficios, y aún mayores é inapreciables se los prometía? Gustoso de aprovechar el tiempo en la Villa y Corte, Halconero fué á visitar el nuevo Congreso, llevando por delante, naturalmente, á Lucila y Eulogia, bien apañaditas. Hábiale dado las papeletas el Sr. D. Matías Angulo, diputado por Navalcarnero, como él propietario rico y persona sencilla y de las mejores intenciones así en política como en todo. En la admiración de aquel lujoso monumento elevado á la Soberanía Popular, pasaron los tres una mañana, y desde los sa-